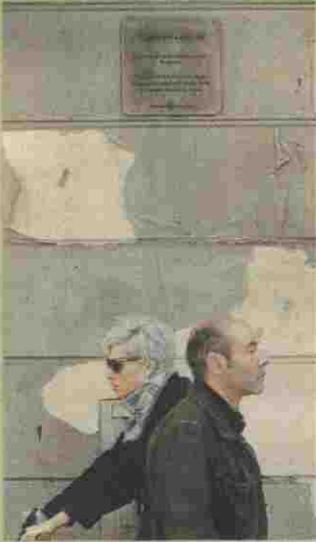




Barcelonesa, por Vila-Matas

Óscar Machi/Shooting



1

«Ya en la calle Aribau, mientras entra en un taxi, descubre que no tardará en llover. Había pensado que tras la gran tormenta remitiría la lluvia. ¿Y si lo comenta al taxista? Espera que no sea como un taxista portugués, algo shakesperiano, que encontró en Lyon, el más teatral de todos los taxistas del mundo.

-Va a caer todavía más lluvia.

Por un momento, teme que el taxista le conteste como un personaje de Macbeth y le dé la famosa réplica:

-Déjala que caiga.

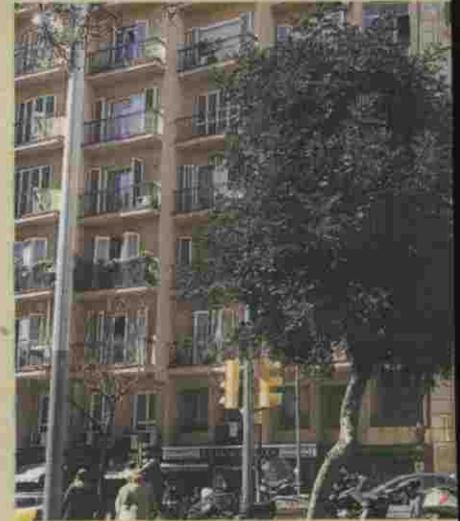
Pero no siempre -por no decir nunca- encuentra uno en Barcelona taxistas que hablen como personajes de Shakespeare.

-Ni que lo diga -contesta el hombre.

(«Dublinesca», pág. 30)

En lugar de cambiar la Diagonal y asesinarla con esa rambla sosa de gente muerta que han diseñado, mejor sería que invirtiéramos en taxistas shakesperianos, que supieran dar réplicas impecables a los clientes que les hablan del tiempo.

Durante algunos meses de los que escribí «Dublinesca» y por circunstancias que no vienen al caso, estuve tomando taxis a la altura de Aribau con Mariano Cubí. Es cierto -como creo que se dice en la novela- que en esa zona basta con levantar el brazo a ciegas para que se detenga inmediatamente un taxi. Aribau es, por otra parte, la calle donde vive la protagonista de «Nada», de Carmen Laforet. Esa es su referencia literaria más clara. Y también es cierto que en Aribau han vivido o viven todavía algunos seres muy queridos por mí. Es una calle insustituible en mi biografía.



Vila-Matas

Paseos por la Barcelona literaria del padre de Samuel Riba

Enrique Vila-Matas regresa a Sant Jordi con «Dublinesca», una novela en la que su ciudad también se convierte en personaje

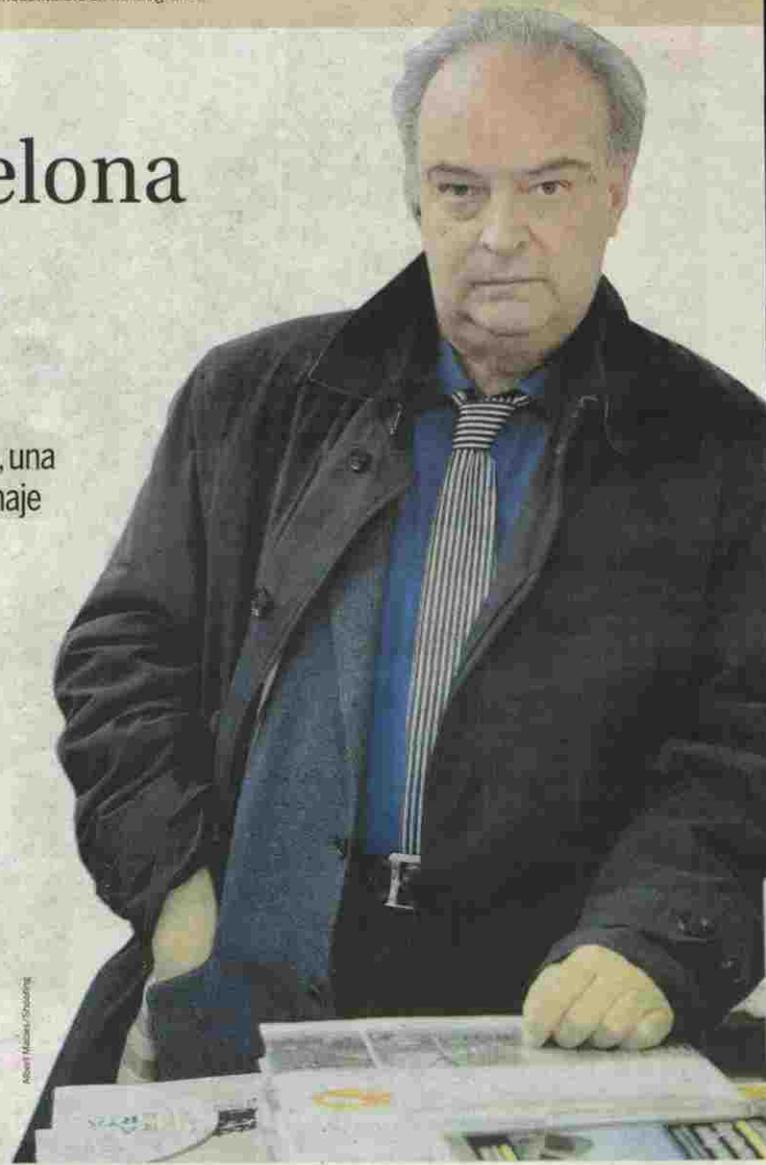
Victor Fernández

BARCELONA- Si uno se quedara con la anécdota, reduciría las páginas de «Dublinesca», la última obra de Enrique Vila-Matas (Seix Barral), a una novela sobre el Dublín de James Joyce. Pero en esta novela hay muchos más: el libro nos adentra en la vida de Samuel Riba, un editor construido a base de muchos personajes conocidos y vívidos por Vila-Matas. Barcelona es la ciudad en la que Riba vive, trabaja, lee y ve la película «Spider» de David Cronenberg. La ciudad acaba por convertirse en otro personaje, por eso no es arriesgado hablar de una «Barcelonesa» dentro de esta «Dublinesca» creada por Vila-Matas.

Sin embargo, el escritor no se ve a sí mismo como un cronista de Barcelona. «Eso lo dejamos para Zafón, Vázquez Montalbán, Mendoza y otros. Hay mexicanos que han venido para aquí con la intención de ver mi Barcelona, que se limita a Paseo San Juan porque yo soy un escritor de Paseo San Juan, como aparece en "Doctor Pasavento" donde ahí apreso la ciudad», explica el escritor en declaraciones a LA RAZÓN. Por eso, no puede evitar recordar

aquella frase de Juan Benet: «Los escritores de Barcelona sólo hablan de las Ramblas». Para Vila-Matas, aquella afirmación del autor de «El aire de un crimen» es «una "boutade", pero no deja de ser verdad». El padre literario de Samuel Riba considera que hay autores que «se han pateado la ciudad, como Vázquez Montalbán, aunque más grande es Marsé pese a que no sale de su barrio, un barrio inventado y de la memoria. Lo sé porque llevo 35 años viviendo en ese barrio. Yo he enseñado esquina a esquina, taberna a taberna».

La Barcelona que ha conocido Vila-Matas, la que puede asomarse en algunos de sus textos, «es como una marca comercial que provoca entusiasmos en el mundo cuando dices que vienes de aquí». Era también un lugar «muy cerrado y muy ligado a la burguesía. Ahora se ha abierto a la juerga, a los extranjeros y al turismo barato. Es aquella sensación extraña que tuvo Gil de Biedma, hace treinta años, cuando bajó las Ramblas, de Canaletes al puerto, y no se encontró con nadie que conociera. Antes era raro que no coincidieras con nadie porque todo era abarcable, como si fuera un pueblo».





Oscar Machi/Shooting

2

«A la altura de la avenida Príncipe de Asturias con Rambla de Prat, ve en una esquina a un joven que lleva una chaqueta Nehru, color azul eléctrico. Se parece bastante al que vio antes bajo la lluvia delante de la casa de sus padres. Ya es casualidad dos chaquetas Nehru en tan poco tiempo.

Ve al joven sólo fugazmente, porque éste, casi de inmediato, como si temiera haber sido descubierto, dobla la esquina y se volatiliza con una asombrosa velocidad. Es raro, piensa, se ha esfumado incluso hasta demasiado rápido. Aunque tampoco tan raro, ya está acostumbrado a ciertas cosas. Sabe que a veces aparecen personas que no se espera para nada».

(«Dublinesca», pág. 32)

Esa esquina de Prat con Príncipe de Asturias es un lugar en el que pienso siempre desde que situara ahí la primera aparición del desconocido, que aquí aún no va con la gabardina Macintosh sino con esa «chaqueta Nehru, color azul eléctrico» sobre la que algunos lectores me han preguntado, ya que dicen no haber visto nunca ninguna. ¿Por qué esa esquina y no otra? ¿Qué pudo ocurrirme alguna vez en esa esquina para que ésta haya acabado metida en mi libro? Paso en taxi por allí de vez en cuando y siempre miro a ver quién hay apostado allí. Hasta la fecha no he visto nunca a nadie parado ahí. El día en que vea a alguien detenido en esa esquina, será una señal de que acabo de adentrarme en mi propia historia. Y será, además, el momento —lo imagino muy satisfactorio y enormemente novelesco— de poder decirme a mí mismo:

«No, si ya se sabe. Siempre aparece alguien que no te esperas para nada.

En la Barcelonesa de Vila-Matas una calle importante es Aribau, donde transcurrió una parte de la vida literaria de Carmen Laforet, la autora de «Nada», aquella novela con un título que evocaba a Juan Ramón Jiménez y que resultó ganadora de la primera edición del Premio Nadal, pese a que en un primer momento todo parecía dispuesto para que el triunfador fuera César González Ruano. Vila-Matas no nombra a Laforet en «Dublinesca», pero admite que a ella le debe, especialmente a la heroína de «Nada», el interés por esta calle.

Las tertulias del Astoria

Otro espacio, en este caso de una Barcelona desaparecida, es el de las tertulias en el mítico Cine Astoria, «un café muy de Hopper y donde no se hablaba de libros. Un día Toni López llevó allí a José Vianco, el director de la revista "Sur". Vianco se sentó asombrado porque se hablaba de todo menos de literatura. Él dijo que aquello parecía una tertulia de coainómanos, pese a que ninguno de nosotros lo era». El Astoria que rememora Vila-Matas era «un punto de encuentro, igual que ahora lo es el bar de Zarraluki, aunque éste es más literario que el Astoria. Nosotros siempre nos decíamos que dentro de sesenta años se hablaría de la tertulia del Astoria, aunque aquello no era literario». Hay más locales en este paseo por una Barcelona que ahora solamente vive en los recuerdos, como el Can Massana, «que estaba al lado del Boccaccio. Era también un punto de encuentro de los viernes y para cenar, donde se conservaban autógrafos de escritores».

Al autor también le gusta hablar de librerías, alguna de ellas ya extinta como es el caso del Cinc d'Oros, en la Diagonal. En la misma avenida todavía sigue abierto Ancora y Delfín, otro establecimiento, cita obligada para lectores y escritores curiosos por conocer las últimas novedades publicadas y que creó el editor Josep Vergés, el padre de Ediciones Destino. La otra librería frecuentada por Vila-Matas es La Central de la calle Mallorca, uno de los escenarios

El escritor Enrique Vila-Matas ha seleccionado los cuatro rincones de Barcelona que aparecen en estas dos páginas

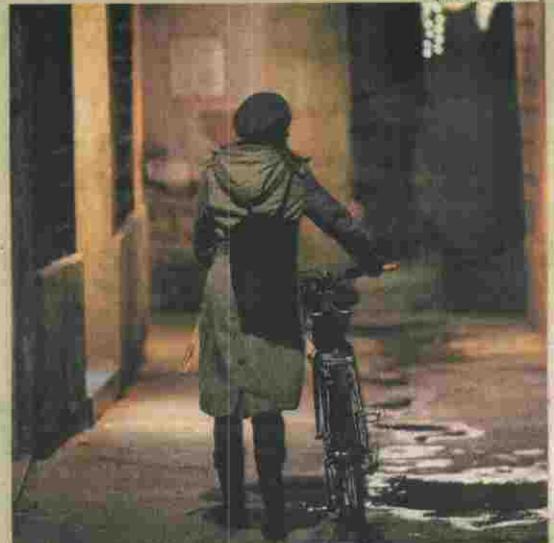
clave de «Dublinesca» y en la que ejerce una especial fascinación para el escritor la alfombrilla roja de la entrada. Tal vez por eso esta conversación, entre cafés y libros, tiene lugar en este establecimiento, creyendo que en breves momentos se acercará a nuestra mesa Samuel Riba. Probablemente el ficticio editor marche a Dublín, pero siempre será Barcelona la ciudad en la que surgió su fascinación por el mundo de los libros. Para Vila-Matas también lo es. Por eso, el escritor de «Dublinesca» también puede crear su particular «Barcelonesa».

4

«Como van a entrar en la librería, Ricardo arroja su Pal Mall y ni se molesta en apagarlo con el pie, porque la tromba de agua se ocupa instantáneamente de la colilla. Mientras cierran sus respectivos paraguas, una ráfaga de viento les empuja con tal fuerza que patinan hacia delante e ingresan de golpe en la librería cayendo cómicamente de culo sobre la alfombrilla de la entrada, justo en el momento en el que estando saliendo de La Central un joven con un viejo impermeable, gafas redondas de concha y el cuello de su blanca camisa bastante roto».

(«Dublinesca», pág. 94)

Bueno, la librería es La Central, de la calle Mallorca. La alfombrilla forma parte ya de mi vida mental. Pienso en ella a veces, de improviso. Durante días, en casa, la tuve en mis pensamientos para construir la escena en la que finalmente decidí que Ricardo y Riba caerían de culo sobre ella. No hace mucho, llovía en Barcelona (llovía para variar) y entré en La Central acompañado precisamente del escritor en el que está vagamente inspirado Ricardo. Como ese escritor aún no había leído la novela, no le dije nada, pero me di cuenta de que cruzábamos —idénticos en todo, provistos incluso de los paraguas que salían en la novela— por el lugar en el que en la ficción caíamos los dos de culo. Estuve tentado, eso sí, de desconcertar a mi amigo y decirle: «¿Ves la alfombrilla? Pues en mi novela, en un día de lluvia como hoy, caemos ahí los dos de culo.



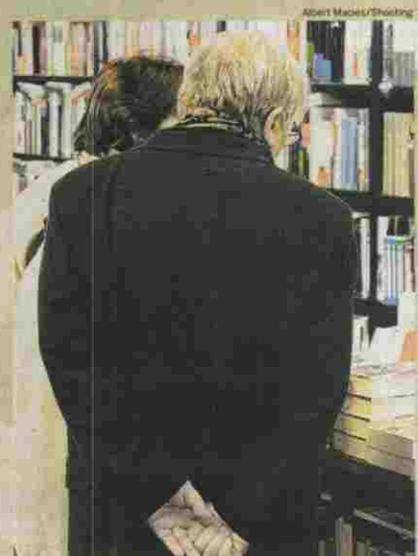
Miguel González/Shooting

3

«Estamos a finales de este mayo de tiempo irregular, asombrosamente lluvioso para Barcelona. El día es frío, gris, triste. Por unos momentos, imagina que está en Nueva York, en una casa en la que se oye el tráfico en dirección al túnel Holland: ríos de coches volviendo al hogar después del trabajo. Es pura imaginación. Jamás oyó el ruido del túnel Holland. Pronto regresa a la realidad, a Barcelona y a su deprimente luz gris ceniza de hoy».

(«Dublinesca», pág. 17)

En la novela llueve siempre. En Barcelona, desde hace dos meses, pasa casi lo mismo, llueve sin demasiadas treguas. Muchas personas me han preguntado si no me anticipé al prever estos diluvios barceloneses. Hay quien cree que yo sabía que llovería tanto en los meses que han precedido a la salida de Dublinesca. Reconozco que algo raro sí que lo es. Además, hace unos días fui a Dublín para rodar unas imágenes para la promoción de mi novela y en Barcelona llovía a raudales mientras que en Dublín encontramos un sol radiante... Por otra parte, en la teoría que Riba escribe en un hotel de Lyon una los rasgos para él imprescindibles de la novela del siglo XXI es que la literatura sea como un reloj que avanza... ¿Será Dublinesca un reloj que avanza? Si es así pronto veremos a Riva volver a la bebida, tal vez cansado de la promoción del libro basado en su extraña vida. Lo que o preví al escribir el libro fue que también nevaría. Y es curioso, nevó precisamente el día en que salió el libro.



Albert Mades/ Shooting